

Esta es una pequeña muestra del libro
La poderosa debilidad de John Knox.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2026 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!

“En este pequeño libro, Douglas Bond logra de algún modo unir todas las misteriosas paradojas de John Knox: el estruendoso púlpito y las oraciones en secreto, el elevado intelecto y la humilde vida familiar, la valentía y la mansedumbre, el poder y la debilidad. En otras palabras, Bond ha capturado la esencia misma de este notable modelo de ministerio reformador”.

—**Dr. George Grant**, pastor de Parish Presbyterian Church en Franklin, Tennessee

“Me complace recomendar el libro de Douglas Bond, *La poderosa debilidad de John Knox*. Bond ha escrito muchos libros, principalmente para niños, sobre la historia de la iglesia escocesa de los siglos dieciséis y diecisiete. Escribe con la pasión de un hombre que cree que la iglesia de hoy necesita, para su bien espiritual y su cordura, aprender sobre la iglesia de ayer. Al elegir escribir un libro sobre John Knox, Bond le ha hecho un gran servicio a la iglesia de hoy. Knox fue la figura imponente de la Reforma escocesa. En muchos sentidos, fue un héroe renuente, consciente de sus propias debilidades. Sin embargo, como lo deja claro el título del libro, el sentido de debilidad de Knox se vio abrumado por su sentido de la grandeza de Dios. De hecho, como Bond nos muestra a lo largo de su libro, fue el constante sentido de su propia debilidad lo que permitió al Señor usarlo tan poderosamente en Su servicio. Cuando se le pidió a Knox que explicara el maravilloso éxito de la Reforma escocesa, respondió: ‘Dios dio Su Espíritu Santo a los hombres sencillos en gran abundancia’. Lee este libro. Aprende de él. Agradece a Dios por hombres como John Knox. Sobre todo, ora para que Dios levante hombres de mente y corazón similares en nuestros días, y

una vez más dé Su Espíritu Santo en gran abundancia a hombres que son profundamente conscientes de su propia debilidad”.

—**Dr. Ian Hamilton**, pastor y profesor en Escocia

“Aunque me fascina John Knox, rara vez disfruto leyendo sobre él. La mayoría de los biógrafos me hacen sentir como un gusano patético al lado de este poderoso león de Escocia. Pero para mi gran sorpresa, este libro me levantó el ánimo e incluso me inspiró. ¿Por qué? Porque Douglas Bond ha captado y comunicado el secreto del poder de John Knox: una debilidad genuinamente sentida y abiertamente confesada que dependía diaria y completamente de la gracia y la misericordia de Jesucristo. Poderosa debilidad: qué mensaje tan alentador para todos los gusanos que quieren ser leones”.

—**Dr. David P. Murray**, profesor de Antiguo Testamento y teología práctica en el Puritan Reformed Theological Seminary, Grand Rapids, Michigan

“Aparece otro volumen en la serie “Un gran legado de héroes de la fe”, esta vez un perfil de John Knox por Douglas Bond. A este libro Bond aporta su estilo narrativo convincente, perfeccionado en sus obras anteriores. El prefacio (‘John Knox: Un hombre débil hecho poderoso’) establece el tono del libro, ya que Bond demuestra de diversas maneras cómo Dios tomó las debilidades de Knox para convertirlo en una de las figuras más fuertes de la Reforma. Para aquellos que se preguntan si el misterio paulino de la fuerza en la debilidad puede volverse realidad para ellos, el retrato de Knox, presentado por Bond, resultará tanto edificante como instructivo”.

—**Dr. T. David Gordon**, profesor retirado de religión y griego en Grove City College, Pensilvania

La poderosa debilidad *de*

John Knox

Un gran legado de héroes de la fe

La teología afectiva de Richard Sibbes

por Mark Dever

La devoción trinitaria de John Owen

por Sinclair B. Ferguson

El compañerismo misionero de William Carey

por Michael A. G. Haykin

La asombrosa poesía de Isaac Watts

por Douglas Bond



UN GRAN LEGADO DE HÉROES DE LA FE

La poderosa debilidad *de*

John Knox

DOUGLAS BOND



Mientras lees, comparte con otros en redes usando
#PoderosaDebilidadDeKnox

La poderosa debilidad de John Knox

por Douglas Bond

© 2026 por Poima Publicaciones

Traducido del libro *The Mighty Weakness of John Knox*

© Douglas Bond 2011 y publicado por Reformation Trust Publishing,
una división de Ligonier Ministries.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas han sido tomadas de la
Nueva Biblia de las Américas (NBLA) ©2005 por The Lockman Foundation.

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de
este libro por cualquier medio visual o electrónico sin permiso escrito de
la casa editorial. Escanear, subir o distribuir este libro por Internet o por
cualquier otro medio es ilegal y castigado por la ley.

Poima Publicaciones

info@poiema.co

www.poiema.co

ISBN: 978-1-965296-39-4

Impreso en Colombia

SDG

Contenido

<i>Prefacio</i> , John Knox: Un hombre débil hecho poderoso	XI
<i>Capítulo 1</i> , La vida y el legado de John Knox	1
Comienza la persecución, 3	
El llamado de Knox a predicar, 5	
Derrota y esclavitud, 8	
Ministerio en Inglaterra, 10	
Exilio en Ginebra, 13	
Regreso a Escocia, 16	
Ante la reina, 19	
Morir en el Señor, 20	
<i>Capítulo 2</i> , El poder de una vida sometida a Cristo.	23
La vida como una batalla, 25	
La última batalla, 27	
<i>Capítulo 3</i> , El poder de la oración	31
El fundamento de la oración de Knox, 33	
La mejor escuela de oración, 34	
Rodeado de amigos que oraban, 35	
Un don para los santos humildes, 37	
Los problemas como agujijones para la oración, 39	

Oraciones imprecatorias, 40	
Un legado de oración, 42	
Un hombre con Dios, 43	
<i>Capítulo 4, El poder en el púlpito</i>	45
El ministerio de predicación de Knox, 47	
Cristo en el centro de la predicación, 49	
Claridad sobre la ley y el evangelio, 52	
Predicar contra la idolatría, 55	
El poder para predicar, 59	
<i>Capítulo 5, El poder de la pluma</i>	61
Pasión: El primer toque de trompeta y una fiel amonestación, 63	
Ternura: Epístolas reconfortantes, 67	
Claridad teológica: La Confesión Escocesa, 68	
Elocuencia áspera, 70	
<i>Capítulo 6, El poder de la predestinación.</i>	73
La predestinación en la Confesión Escocesa, 75	
Una doctrina necesaria, 77	
La predestinación que funciona, 79	
<i>Capítulo 7, La tarea de hacer poderosos a los débiles.</i>	83
El vaso más frágil, 84	
Equipar a los pastores, 87	
Equipar a los laicos, 89	
Una supermayoría imparables, 92	

<i>Capítulo 8, Un legado de fortaleza</i>	93
“Ahora ha llegado el momento”, 94	
“¡Honor a Él!”, 96	
<i>Apéndice A: Cronología de John Knox y la Reforma</i>	99
<i>Apéndice B: La Confesión de Fe Escocesa</i>	103
<i>Bibliografía</i>	129
<i>Notas de texto</i>	133

John Knox: Un hombre débil hecho poderoso

El historiador Roland Bainton escribió que “John Knox sentía hacia los idólatras [de Escocia] lo mismo que Elías sentía hacia los sacerdotes de Baal”. La comparación que hace Bainton entre Knox y Elías es acertada. Elías fue llamado, por mandato directo de Dios, a sacar su espada y matar a 450 sacerdotes mentirosos de Baal (1R 18:20-40). Los hombres llamados a ser profetas —a hacer hazañas como las que Elías fue llamado a hacer— no suelen ser hombres delicados, sensibles y simpáticos metrosexuales. En la historia redentora, los Elías han sido voces torturadas que claman en el desierto, figuras solitarias llamadas a enfrentarse a críticos que rechinan los dientes, hombres encargados de la tarea profundamente impopular de declarar la Palabra de Dios a personas que se han puesto del lado de los enemigos de esa Palabra. Aunque no era un profeta bíblico, Knox fue formado en ese molde.

¿Es una hipérbole decir que “Knox era un Jeremías hebreo establecido en suelo escocés”? Con el celo de un Jeremías, Knox

tronó contra la “variada multitud de supersticiones” que infestaban la vida religiosa en la Escocia del siglo dieciséis, pues consideraba que la devoción de su país a tales errores era mucho peor “que los ídolos sobre cuya insignificancia se regocijaban los profetas hebreos”.

Cuando los mensajeros de Dios denuncian desde los tejados las transgresiones de la gente contra Yahvé, ya sean hebreos o escoceses, las multitudes responden, como es de esperar, con rencor y violencia. Elías, por ejemplo, provocó la ira de la reina Jezabel. Por su celo, similar al estilo de Elías, Knox es —como su mentor espiritual, teológico y pastoral, Juan Calvino— “tan fácil de calumniar como difícil de imitar”. Como es el caso de cualquier hombre asediado por la controversia en tiempos turbulentos y llamado a hacer cosas significativas que afectan la vida de muchos, los críticos han encontrado mucho para atacar en Knox.

HOSTILIDAD Y DESCUIDO

En vida, Knox fue denunciado por regentes, reinas y consejos, y su imagen fue izada en alto y quemada en la Cruz del Mercat en Edimburgo. Ridiculizado como “Knox el bribón” y “un escocés desbochado”, fue desterrado por el arzobispo de St. Andrews, quien le prohibió predicar, y se dieron órdenes de que fuera fusilado en cuanto lo vieran si no obedecía. Knox no obedeció. Años después, un aspirante a asesino disparó a través de una ventana de la casa de Knox en Edimburgo, fallando el blanco por muy poco. Knox siguió predicando.

¿Qué sucedió con su legado desde su muerte en 1572? El Parlamento inglés, 140 años después de la muerte de Knox, condenó sus libros a la quema pública. En 1739, George Whitefield fue ridiculizado por predicar “doctrina tomada prestada de la *Kirk* de Knox” (*Kirk* es el equivalente escocés para el español *iglesia*). Tal

vez más que cualquier otro, se lo ha retratado como “el niño terrible del calvinismo” y se le ha caracterizado en libros y películas, y en su propia casa, ahora un museo, como un “fanático fanfarrón”. Los modernos lo descartan como misógino por su fuerte tratado contra las monarcas femeninas y por su postura inquebrantable ante la encantadora María, reina de Escocia, denunciando sus pecados y llamándola al arrepentimiento.

En 1972, el cuarto centenario de su muerte, se decidió que un hombre como Knox era un tema inapropiado para conmemorarlo en un sello postal escocés. Como golpe final, el Ayuntamiento de Edimburgo ordenó la retirada de la lápida que marcaba su tumba, relegando su lugar de descanso terrenal a la oscuridad bajo un aparcamiento con numeración diversa. En mi última visita a Edimburgo, el “JK” que alguna vez fue legible en un pequeño marcador cuadrado fue borrado. Así como el infiel Israel se resintió por la profecía de Jeremías sobre la perdición y la destrucción por su prostitución contra el Señor, así, en su mayor parte, Escocia se ha resentido por la vida y el ministerio de Knox.

¿POR QUÉ JOHN KNOX?

Sin embargo, el propio Knox no se habría preocupado mucho por tal descuido, incluso hostilidad. Parece ser una cualidad esencial en los grandes hombres de Dios que se preocupan mucho más por la gloria de Jesucristo que por sí mismos, lo que es razón suficiente para examinar de cerca la vida de un hombre como Knox.

Además, cuando Knox es despojado de su poder dado por Dios y del poder atronador de su llamado, lo que queda es un simple mortal, un hombre pequeño, “de baja estatura y de constitución débil”, alguien que, cuando fue llamado por primera vez a predicar,

se negó, y cuando lo presionaron, “comenzó a llorar con abundantes lágrimas” y huyó de la habitación. En esto, también, fue como Elías, que se acurrucó en un agujero, sintiendo lástima de sí mismo y rogando a Dios que lo librara de sus enemigos, incluso *después* de su juicio sobre los sacerdotes de Baal (1R 19:1-8). Sin embargo, por la gracia de Dios, que es el único que fortalece a los débiles, Elías y Knox se caracterizaron mucho más por el poder y la influencia que por la debilidad y la oscuridad.

La vida de Knox, entonces, no es solo para personas a las que les gustan las galletas de mantequilla escocesas y las gaitas, las faldas escocesas y las tortas de avena. Tampoco es solo para los presbiterianos o las personas cuyos nombres comienzan con Mac (o que desearían que así fuera). Knox es un modelo para el cristiano común, especialmente para aquel que siente su propia debilidad pero que, a pesar de eso, quiere servir a Cristo en un mundo turbulento. Knox es eminentemente relevante para todos los cristianos que alguna vez se han visto obligados a enfrentarse cara a cara con su propia pequeñez.

¿Quién no ha sentido en lo más profundo de sí que era un hombre demasiado sencillo y con muy poco para contribuir a una causa tan grande como la de Cristo y Su iglesia? ¿Qué mujer joven, esposa, madre, abuela o soltera de edad avanzada no ha temido con angustia y debilidad a los enemigos de su alma y de la iglesia? ¿Quién no ha pensado que sus dones eran demasiado modestos, que otros podrían servir mucho mejor y que él era demasiado frágil y tímido para ayudar a promover el evangelio de nuestro Señor Jesús? ¿O quién no ha sentido que los críticos lo difamaban injustamente, los poderosos lo atacaban, los influyentes lo ridiculizaban e insultaban? Así fue para Knox, pero como él mismo escribió sobre la Reforma en Escocia, “Dios dio Su Espíritu Santo a los hombres sencillos en gran abundancia”. Su contemporáneo, Thomas Smeaton, dijo sobre

Knox después de su muerte: “No sé si Dios alguna vez puso un espíritu más piadoso y grande en un cuerpo tan pequeño y frágil”.

CONTENTAMIENTO CON LA DEBILIDAD

La poderosa debilidad de John Knox tiene como objetivo ser una biografía práctica. El primer capítulo es una descripción general de su vida y legado. Los capítulos siguientes investigan cómo fue transformado de la debilidad a la fortaleza en varias dimensiones de su carácter y ministerio. Estos capítulos examinan a Knox como un hombre de oración sometido a Cristo, como predicador, escritor, teólogo y como alguien que dio forma a la adoración, la educación y la vida pública en Escocia en el siglo dieciséis y más allá.

Así que, ponte cómodo en tu sofá (o silla de ruedas) y aprende de la poderosa debilidad de John Knox. Anímate si te has acobardado ante los enemigos de Cristo y Su evangelio. Lee sobre la vida de Knox y decide decir, como el apóstol Pablo: “Por eso me complazco en las debilidades, en insultos, en privaciones, en persecuciones y en angustias por amor a Cristo, porque cuando soy débil, entonces soy fuerte” (2Co 12:10). La debilidad, en la teología del ministerio de Pablo, es un prerrequisito esencial para ser usado por Cristo. El Todopoderoso se dedica a levantar a personas sencillas, frágiles y pequeñas, y a capacitarlas para que sean fuertes en Cristo. Aunque pocos serán llamados a defender la causa de la Reforma en todo un país, la vida de Knox enseña que el santo más tímido se convierte en un gigante formidable cuando es fortalecido por el gran poder de Dios en Cristo.

Estoy agradecido al Dr. R. C. Sproul, al Ministerio Ligonier y a Reformation Trust por su incansable compromiso con la correcta difusión del evangelio y por su compromiso con esta serie de perfiles como una forma de contribuir a ese elevado objetivo.

Estoy igualmente agradecido por la habilidad editorial y la paciencia de Greg Bailey, director de publicaciones de Reformation Trust. Greg refleja constantemente la gracia y la belleza del evangelio, cuando generosamente no omite nada, y también cuando me envía de regreso algo para verificar la fuente, reformular una oración o considerar eliminar este o aquel párrafo entero. Nunca he sido tan criticado con tanta calidez ni tan alentadoramente examinado como cuando los correos electrónicos de Greg comenzaron a llegar de manera abundante y rápida. Cuando debe desenrollar su látigo editorial, nunca duele, sino que siempre se siente como si lo manejara un amigo que nunca se desvía del objetivo final de presentar bien el evangelio, lo que para Greg incluye colocar bien cada punto y coma. Colaborar con él en este libro ha sido una experiencia grata.

También estoy agradecido con los hermanos que son parte del grupo de escritores al que pertenezco. Ellos me escucharon y dieron comentarios críticos, especialmente Doug McComas, el fundador de ese grupo. Estoy profundamente en deuda con mi madre, Mary Jane Bond, que es la primera en leer casi todo lo que escribo, ofrece una valiosa prueba de lectura y aporta toda una vida de experiencia literaria a sus numerosos comentarios y sugerencias. También estoy agradecido a la familia Spear, amante de los escoceses, que leyó este volumen y me ofreció muchas sugerencias útiles.

Estoy igualmente agradecido a mis colegas de Covenant High School por su apoyo para este volumen, y a Dick Hannula y al Consejo por hacer de la historia de la iglesia un tema central en nuestro plan de estudios y por darme muchas oportunidades de viajar e investigar que han enriquecido mi apreciación de John Knox.

Sobre todo, estoy profundamente agradecido con mi esposa, Cheryl, que me apoyó en la escritura de este volumen de muchas maneras esenciales y amorosas.

La vida y el legado de John Knox

*Oh Señor eterno, mueve y gobierna mi lengua para que diga
la verdad.*

—JOHN KNOX

Las ironías comenzaron de inmediato para John Knox. Se ha dicho que “no hubo figura más grande en toda la historia de la Reforma en [Escocia] que la de Knox”. Sin embargo, es probable que naciera en una familia sencilla de clase trabajadora.

Casi nada se sabe con certeza de los primeros años de su vida, ni siquiera su cumpleaños o su año de nacimiento. Lo único en lo que están de acuerdo los historiadores es que nació en algún momento entre 1505 y 1514 en Haddington, a unos veintisiete kilómetros al este de Edimburgo, Escocia. Knox no escribió nada sobre sus primeros años, y la oscuridad en la que fue criado fue tal que nadie más se molestó en registrar mucho al respecto.

Los historiadores tampoco se ponen de acuerdo sobre dónde se educó Knox. Algunos insisten en que estudió con John Major en la Universidad de Glasgow, mientras que otros sostienen que estudió

en la Universidad de St. Andrews, que se encontraba en la jurisdicción eclesiástica de su lugar de nacimiento. De cualquier manera, Knox probablemente estuvo sometido a la educación popular de la época, que se preocupaba por el absurdo especulativo del tipo: “¿Todas las uñas de los pies de un hombre, que se corta a lo largo de su vida, volverán a unirse al hombre en la resurrección de su cuerpo?”.

Con toda probabilidad, Knox nunca completó su carrera, tal vez debido a ese sinsentido pedagógico. Sin embargo, los registros históricos indican que fue ordenado sacerdote a los veinticinco años. Los años siguientes son silenciosos, de los cuales emerge portando una espada ancha de dos puños como guardaespaldas del intrépido predicador George Wishart.

En cuanto a su conversión, nos quedamos en gran parte en la especulación. Algunos sostienen que se convirtió bajo la predicación del fraile Thomas Guilliame en 1543. Knox escribió poco al respecto, aunque las palabras que pronunció en su lecho de muerte dan a entender que cierto texto bíblico puede haber sido decisivo en su conversión. “Ve y lee donde tiré mi primer ancla”, le dijo a su atenta esposa mientras moría. Ella leyó Juan 17:3: “Y esta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado”.

El mundo de Knox era turbulento. Quizá no había lugar en la Europa del siglo dieciséis más necesitado de reforma que Escocia. Iain Murray la ha descrito como “un reino brutal y atrasado, dominado por clérigos codiciosos y engréidos, así como por un poder civil corrupto”. Sin embargo, Dios estaba obrando providencialmente en ese mundo. Los lolardos de John Wycliffe habían proclamado el evangelio de Cristo en Escocia desde fines del siglo catorce, y más recientemente, el hijo joven y celoso de un noble, Patrick Hamilton, había predicado a Cristo, por lo que había sido arrestado, juzgado y

sometido a una espantosa hoguera de seis horas frente al San Salvator's College en 1528. La enseñanza de Martín Lutero sobre la justificación solo por la fe se estaba abriendo camino en Escocia a través de sus libros y panfletos. Contrabandistas devotos estaban introduciendo Biblias inglesas en Escocia a carretadas, y la *sola Scriptura* y el evangelio reformado estaban penetrando en las universidades corruptas del reino. Mientras tanto, los campesinos cantaban baladas populares que exponían los abusos del clero y celebraban la verdad del evangelio.

COMIENZA LA PERSECUCIÓN

Los clérigos medievales no estaban muy contentos con lo que sucedía. Pocos “clérigos hinchados” eran más corruptos que el cardenal David Beaton de St. Andrews. Beaton era un tirano “e inquisidor, pomposo y despiadado, con sus guardias y sus damas y sus siete hijos bastardos”. Decidido a acabar con la marea creciente de la Reforma, Beaton influyó en la aprobación de una brutal ley parlamentaria contra las “opiniones condenables contrarias a la fe y las leyes de la Santa Iglesia”. Para dar fuerza a la nueva política, el 26 de enero de 1544, Beaton ordenó que se ahorcara a cuatro hombres por violar la Cuaresma y negarse a orar a los santos. No satisfecho, arrestó a la esposa de uno de los hombres, una madre joven, por el “delito” de orar en nombre de Cristo en lugar de María durante sus dolores de parto. Los matones de Beaton se apoderaron del bebé recién nacido y condenaron a la madre a morir ahogada en público.

Mientras tanto, Wishart iba por todas partes, predicando por las Tierras Bajas de Escocia. Hombres jóvenes como Knox comenzaron a reunirse a su alrededor, cautivados por su mensaje evangélico. Los nobles de Kyle, Cunningham y Ayrshire dieron la bienvenida al intrépido predicador; los Lockhart de Bar recibieron a Wishart

y lo escucharon predicar en el salón abovedado de su fortaleza ancestral. A pesar de las represiones de Beaton, en Ayrshire, desde los granjeros de los páramos hasta el conde en su fortaleza, bebieron del mensaje de perdón y gracia en Cristo que este hombre predicaba. Wishart también logró ser escuchado por los Campbell en el castillo de Loudoun, al otro lado del río Irvine, cuyos condes habían abrazado durante varias generaciones el cristianismo lolardo y más tarde defenderían la causa Pactual.

Enfurecido por la creciente popularidad de Wishart, Beaton envió frailes espías para infiltrarse en las congregaciones que se reunían para escuchar a este predicador. Para dar legitimidad a sus planes, Beaton difundió rumores de que Wishart estaba tramando un intento de asesinato contra el cardenal.

Al caer la noche del 16 de enero de 1546, Wishart le mostró a Knox, uno de sus celosos protectores, una carta que había recibido ese mismo día de algunos de los nobles de Ayrshire. El nudo se estaba apretando y, temerosos de Beaton, habían decidido no arriesgarse a otra reunión pública para escuchar la predicación de Wishart. Desconcertado, Knox observó la angustia de su mentor, recordando sus frecuentes predicciones de “la brevedad del tiempo que tendría para trabajar, y su muerte, cuyo día, según decía, se acercaba más de lo que cualquiera podría creer”.

Wishart ordenó a Knox que entregara la espada ancha que portaba en defensa del predicador, “mantuvo una conversación agradable sobre la muerte de los hijos elegidos de Dios”, dirigió a sus seguidores en el canto del Salmo 51, expresó su deseo de que “Dios les conceda un descanso tranquilo” y luego despidió a los jóvenes. Cuando Knox protestó, Wishart dijo: “No, regresen con sus niños y que Dios los bendiga. Uno es suficiente para un sacrificio”.

Cerca de la medianoche, Wishart fue arrestado por el agente de Beaton, el conde de Bothwell. Fue arrojado al calabozo en el castillo de St. Andrews, luego juzgado, declarado culpable y condenado a muerte en la hoguera. Preocupado de que sus partidarios pudieran intentar rescatar a Wishart en la hoguera, Beaton ordenó a soldados armados que rodearan la escena y, desde las almenas del castillo, apuntaron los cañones contra la multitud. Beaton se puso cómodo y observó el espectáculo desde “las ventanas del castillo, adornadas con ricos tapices y cojines de terciopelo”.

“Por esta razón me enviaron”, dijo Wishart mientras el verdugo lo encadenaba a la estaca, “para que sufriera este fuego por amor a Cristo. No temo a este fuego. Y oro para que ustedes no teman a los que matan el cuerpo, pero no tienen poder para matar el alma”. Wishart se volvió y besó al verdugo, diciendo: “Mira, aquí tienes una señal de que te perdono. Cumple con tu oficio”. Wishart murió profetizando la inminente caída del cardenal que contemplaba con satisfacción las llamas. Era el 1 de marzo de 1546.

EL LLAMADO DE KNOX A PREDICAR

Knox había regresado obedientemente con sus “niños”, los muchachos a los que daba clases particulares en la ciudad de Longniddry. Por lo tanto, no estuvo en St. Andrews para presenciar la quema de Wishart dos meses y medio después de su arresto, pero la noticia del trágico suceso se extendió rápidamente, incitando a muchos en toda Escocia a “condenar y detestar la crueldad que se utilizó”, como Knox registra en su historia.

En ese momento, a Knox le resultó imposible vacilar. Se sabía que era partidario de Wishart y que había llevado una espada ancha en su defensa. Por lo inflexible que era Beaton en su determinación

de acabar con la Reforma, existía un gran peligro para cualquiera que la hubiera apoyado públicamente. Por lo tanto, Knox era un hombre marcado.

Durante un tiempo, continuó con sus deberes de enseñanza, instruyendo a Francis y George, los hijos de Hugh Douglas, y a otro joven, Alexander Cockburn. En el curso de esta enseñanza, Knox desarrolló un catecismo informal basado en las Sagradas Escrituras y comenzó a dar conferencias sobre el Evangelio de Juan. Otros acudieron a escuchar estas conferencias y, en poco tiempo, se convirtieron en exhortaciones. Una cosa era segura para cualquiera que escuchara a escondidas esos sermones: Knox era un predicador, uno con dones particulares, no muy distintos de los de su difunto mentor. Pronto los hombres comenzaron a decir: “El maestro George Wishart nunca habló tan claramente, y sin embargo fue quemado: así le sucederá a Knox”.

Luego llegó la noticia de que, en las primeras horas del 29 de mayo de 1546, varios hijos de nobles habían logrado entrar en el castillo de St. Andrews y habían dado un golpe en la cabeza al portero nocturno y lo tiraron en el foso. A una de las amantes de Beaton, Marion Ogilvy, la dejaron salir por la puerta trasera. Los hombres irrumpieron en el dormitorio de Beaton, que estaba reclinado. “¡Soy un sacerdote!” , gritó. “¡No me matarán!” . En respuesta, James Melville lo llamó a arrepentirse del asesinato de Wishart, “ese notable instrumento de Dios”, y después de llamarlo “un enemigo obstinado contra Jesucristo”, lo atravesó con su espada. Las últimas palabras de Beaton fueron: “Soy un sacerdote. Todo terminó”.

Los hijos del terrateniente, mal preparados, intentaron asegurar el castillo y negociar con María Guisa, la reina regente y madre de la joven María, reina de Escocia. Mientras tanto, los castillenses, como los llamaban, instaron a Knox a unirse a ellos y ser su

capellán. Aunque no había tomado parte en el asesinato de Beaton, Knox no se disculpó por regocijarse por los “justos juicios de Dios” sobre el tirano fornicario. Aceptó unirse a los jóvenes que ocupaban el castillo.

Cuando llegó, Knox comenzó a dar clases a sus jóvenes pupilos en la capilla del castillo mientras el ejército de la reina regente se preparaba para sitiar la fortaleza. Sin embargo, Beaton había dejado una bendición involuntaria a los jóvenes reformadores que ahora controlaban su fortaleza. Paranoico de la venganza de sus muchos adversarios, Beaton había reforzado su palacio hasta convertirlo en un castillo inexpugnable y lo había abastecido suntuosamente para soportar todos los asedios, excepto uno muy prolongado. Las tensiones aumentaron cuando Melville y sus hombres escribieron cartas a Enrique VIII pidiendo apoyo militar de la corona inglesa, y María Guisa solicitó a la corte francesa que enviara su flota para apoyar a su ejército.

Durante este tiempo, Knox fue llamado cada vez más a ampliar su instrucción privada de sus estudiantes y predicar públicamente a toda la guarnición del castillo, lo cual rechazó, negándose a “correr a donde Dios no lo había llamado”. Sin embargo, decidido a hacer de Knox su predicador, uno de los hombres finalmente habló por todos:

En el nombre de Dios, y de Su Hijo Jesucristo, y en el nombre de estos que ahora te invocan por mi boca, te encargo que no rechaces esta santa vocación, sino que tengas en cuenta la gloria de Dios, el aumento del reino de Cristo y la edificación de tus hermanos... que asumas el oficio público y el encargo de la predicación, al mismo tiempo que buscas evitar el gran desagrado de Dios y deseas que Él multiplique Sus gracias contigo.

Al oír esta exhortación, el hombre que un día predicaría trocando sin temblar como un toque de trompeta ante los monarcas, rompió a llorar y salió rápidamente de la habitación. Sin embargo, finalmente aceptó el llamado y pronunció su primer sermón oficial sobre Daniel 7:24-25, en el que “mostró el gran amor de Dios por Su iglesia” y cómo la verdadera iglesia escucha “la voz de su propio y verdadero pastor, Jesucristo”. Al comenzar el alto llamado que ocuparía el resto de su vida y ministerio, Knox oró: “Oh Señor eterno, mueve y gobierna mi lengua para que diga la verdad”.

DERROTA Y ESCLAVITUD

“Inglaterra nos rescatará”. Así pensaban los celosos castillenses, pero el anciano Enrique VIII no acudió en ayuda de Knox y los jóvenes reformadores en el castillo. Mientras tanto, Francia envió un enorme y temible ejército, veintiún galeras fuertemente armadas y muchos soldados, y comenzó a bombardear la fortaleza desde el mar.

A pesar de su falta de entrenamiento, los castillenses disfrutaron de cierto éxito inicial, casi hundiendo un barco francés con uno de los cañones del castillo. Alegres, se jactaban de su victoria y del grosor de los muros del castillo. Knox, sin embargo, predijo que los muros se agrietarían como “cáscaras de huevo” y que los que sobrevivieran al asedio serían llevados como prisioneros.

Decidida a aplastar a sus enemigos, la reina regente ordenó que los “cañones reales”, enormes piezas que disparaban dos balas de una sola vez, iniciaran un feroz bombardeo, que, de hecho, comenzó a reducir los muros del castillo a escombros. Pronto, Knox y los castillenses comenzaron a desesperarse. Acorralados por tierra y mar, superados en armamento por soldados y marineros entrenados, los jóvenes iniciaron negociaciones desesperadas por sus vidas.

Finalmente, el 31 de julio de 1547, Knox y los castillenses se rindieron ante las fuerzas de María Guisa, respaldadas por los franceses. Knox y los demás supervivientes fueron transportados encadenados a la flota francesa y luego, a través del mar, a Rouen, en la desembocadura del río Sena. Allí, los prisioneros escoceses fueron divididos; Knox y varios otros fueron condenados a servir como esclavos en las galeras, cada uno encadenado a un remo de un barco.

Remar en el siglo dieciséis no era un deporte de universidades famosas y costosas. Knox fue “atado con cadenas y tratado con toda la indignidad que se suele ofrecer a los herejes, además de la crueldad común con que se trataba a los esclavos”. Diecinueve meses fríos, húmedos y con mala alimentación, agua fétida y trabajo agotador dejaron su huella en su salud por el resto de sus días. Al igual que Juan Calvino, Knox sufriría durante toda su vida de cálculos renales, insomnio y otras dolencias.

Durante todo ese tiempo, Knox fue atormentado por los católicos franceses que intentaban convertirlo. Relata un episodio que tuvo lugar en el río Loira, cerca de Nantes, donde los oficiales franceses intentaron obligarlo a venerar una imagen de madera pintada de María. “No me molesten”, dijo Knox. “Un ídolo así está maldito y, por lo tanto, no lo tocaré”. Ante esto, sus torturadores “se lo empujaron violentamente a la cara y lo pusieron entre sus manos”. Sin importarle las consecuencias temporales, Knox tomó el ídolo y lo arrojó al río. “Que la Señora se salve ahora”, dijo. “No pesa mucho. Que aprenda a nadar”.

Durante su esclavitud, Knox hizo dos viajes de regreso a Escocia. En el segundo, mientras el barco estaba anclado entre Dundee y St. Andrews, Knox estaba tan débil por la enfermedad que otros estaban seguros de que estaba a punto de morir. Temiendo que Knox hubiera caído en el delirio, un compañero esclavo

escocés, James Balfour, le preguntó si reconocía dónde estaban. “Sí, lo sé bien”, respondió Knox. “Pues veo el campanario de ese lugar donde Dios abrió mi boca por primera vez en público para Su gloria, y sé, no importa cuán débil sea ahora, que no moriré hasta que glorifique Su nombre divino en el mismo lugar”.

MINISTERIO EN INGLATERRA

A principios de 1547, Enrique VIII murió y su único hijo fue coronado como Eduardo VI, un niño rey bajo la tutela e influencia de hombres piadosos como Hugh Latimer. Después de más de un año y medio de negociaciones, los asesores protestantes de la corte de Eduardo lograron asegurar la liberación de Knox y de los prisioneros escoceses atrapados en St. Andrews. Hubo una excepción: Melville, el primero en herir a Beaton con su espada, había muerto en una prisión subterránea del castillo de Brest.

En febrero de 1549, Knox, libre y de regreso en suelo inglés, fue recibido con entusiasmo por los líderes de los esfuerzos reformadores que se estaban llevando a cabo en la Iglesia de Inglaterra. La Reforma de Cambridge, que había comenzado en el White Horse Inn, estaba alcanzando su apogeo con la predicación y los escritos de Latimer, el arzobispo de Canterbury Thomas Cranmer, Nicholas Ridley y otros. Enseñaban lo mismo que Knox: que la redención había sido perfectamente realizada por Cristo, que si bien la Iglesia Católica Romana había “revivido el reino de la ley”, sin embargo, por el poder de Dios, “la Reforma estaba ahora reviviendo el reino de la gracia”.

Knox, que recibía un salario de las arcas reales, predicaba todos los días de la semana y en 1551 fue invitado a predicar el evangelio ante Eduardo VI en la capilla de San Jorge, en el Castillo de

Windsor. Su predicación fue tan calurosamente recibida que los ingleses le ofrecieron el pastorado de All Hallows, Bread Street, un influyente púlpito en Londres, lo cual rechazó. Sin desanimarse, los consejeros reales le ofrecieron el obispado de Rochester, que también rechazó. Se decía de Knox: “Ningún dinero podría comprarlo”. Tal vez estaba de acuerdo con Latimer en que “el obispo más diligente de Inglaterra es el diablo”.

Knox desconfiaba de los obispos y de quienes tenían poder para instalarlos, y pronto se encontró en total desacuerdo con Cranmer. En el *Libro de Oración Común*, el arzobispo había prescrito arrodillarse como una postura adecuada para participar de la Cena del Señor. Para Knox, arrodillarse ante los elementos de la Cena olía a la misa medieval, “una invención humana”. Creía que arrodillarse con demasiada facilidad convertía los elementos en ídolos. “El movimiento del cuerpo hacia afuera”, como lo denominó su mentor Wishart, “sin el movimiento interior del corazón no es otra cosa que el juego de un mono y no el verdadero servicio a Dios”.

Al final se decidió que Knox podría ser utilizado mejor más al norte, lejos de Londres y más cerca de Escocia. Fue enviado a Berwick-on-Tweed, una ciudad fronteriza en un cruce de caminos con mala fama por la vida desenfadada y corrupta de sus habitantes. Al aceptar el puesto, Knox le dio la espalda a un obispado influyente, al contacto diario con hombres de rango y estatura, y a la oportunidad de predicar ante el rey de Inglaterra. Semejante descenso en su carrera equivalía más o menos a pasar del puesto de director ejecutivo de un banco al de contador principiante. Muchos predicadores de hoy probablemente verían semejante cambio como un gran revés en sus carreras profesionales. Pero, aunque Berwick-on-Tweed estaba en el lado equivocado de la vía, la aparente locura mundana de semejante cambio no le importó a Knox.

Se entregó con celo a sus nuevos deberes, “para predicar públicamente el [evangelio] de Jesucristo y para alimentar al rebaño que Él ha redimido con Su propia sangre y lo ha encomendado al cuidado de todos los verdaderos pastores”. El Espíritu de Dios había preparado el camino para Knox, y las primicias de su predicación fueron la conversión de Elizabeth y Marjory Bowes, la esposa y la hija del gobernador del castillo de Norham, Marjory se convertiría en la esposa de Knox. La predicación de Knox sobre el evangelio de la gracia en Cristo despertó el desagrado de Cuthbert Tunstall, el obispo de la cercana Durham, el hombre que había despreciado a William Tyndale hacía más de treinta años al negarse a ayudar con la aprobación de una Biblia en inglés, incluso quemando una pila de Nuevos Testamentos de Tyndale ante la Catedral de San Pablo en Londres. Tan incompleta era la Reforma inglesa que un hombre hostil al evangelio como Tunstall podía conservar su cómodo obispado.

Knox fue citado a comparecer ante el obispo Tunstall, donde hizo una defensa contundente basada únicamente en la Biblia, pronunciada sin temor ante eclesiásticos de todos los rangos:

¡Oh Dios eterno! ¿No has puesto sobre nuestras espaldas otra carga que la que nos impuso Jesucristo con Su Palabra? ¿Quién nos ha cargado, pues, con todas estas ceremonias, con ayunos prescritos, castidad obligatoria, votos ilícitos, invocaciones a los santos, con la idolatría de la misa? El diablo, el diablo, hermanos, inventó todas estas cargas para deprimir a los hombres imprudentes y llevarlos a la perdición.

EXILIO EN GINEBRA

La muerte prematura del rey Eduardo VI, “ese rey tan piadoso y virtuoso”, como lo llamó Knox, dejó a la especulación lo que le habría sucedido a Knox en manos de Tunstall. La muerte de Eduardo en 1553 fue seguida por la ascensión al trono de su media hermana, María Tudor, que pronto se ganó el título de “María la sanguinaria”. María, una ferviente católica romana que tal vez nunca se recuperó del divorcio de su madre, Catalina de Aragón, con Enrique VIII, comenzó las persecuciones de los protestantes por las que es infame en la historia.

Con su característica franqueza, como si estuviera llenando sus pulmones para un toque de trompeta, Knox escribió sobre su ascenso al poder:

Después de la muerte de este virtuoso príncipe, del que la mayoría de los impíos ingleses no eran dignos, Satanás no quiso otra cosa que extinguir por completo la luz de Jesucristo en toda la isla de Gran Bretaña; pues después de él se levantó, para gran disgusto de Dios, aquella idólatra Jezabel, la malvada María, de sangre española, cruel perseguidora del pueblo de Dios.

Knox huyó para salvar su vida a la Europa continental “con menos de diez céntimos en el bolsillo”, un fugitivo sin dinero. Su exilio se hizo más pesado porque lo separó de la mujer que amaba y con la que ahora estaba comprometido, Marjory Bowes. Durante los años oscuros del reinado de María (1553–1558), cuando ella quemó a 280 cristianos, algunos de ellos amigos íntimos de Knox, a veces él estuvo al borde de la desesperación.

Calvino, el reformador francés, había oído hablar del predicador escocés refugiado y lo recibió calurosamente para trabajar en

Ginebra, Suiza. Pero su estancia allí no fue larga. El 24 de septiembre de 1554, Knox recibió un llamado para convertirse en pastor de una iglesia de habla inglesa en Frankfurt y, con el aliento de Calvino, aceptó. Sin embargo, pronto descubrió que la congregación de Frankfurt estaba dominada por quienes insistían en una forma de culto anglicana, y para Knox el evento central del culto anglicano era poco diferente de la misa idólatra del catolicismo romano. Tenía poca paciencia para cualquier liturgia, fuera cual fuera su etiqueta, que no pusiera la predicación del evangelio de Jesucristo en su centro.

Algunos hombres crean olas. Knox creó tsunamis. Frente a la oposición de Knox a la liturgia anglicana, varios de los principales refugiados ingleses en Frankfurt de repente se convirtieron en ingleses leales, devotos de la corona de María. Knox, que nunca se anduvo con rodeos, se había referido a María como “Jezabel” y a su esposo, el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, Felipe II de España, como “Nerón”. Los ingleses, que buscaban una forma de librarse de Knox, conspiraron para traicionarlo y entregarlo a uno o ambos de estos gobernantes. Temiendo las consecuencias de la tensión para su ciudad, los magistrados de Frankfurt advirtieron a Knox del peligro que corría y lo instaron a huir.

En una carta a Knox, Calvino se regocijaba de que “en el manejo de la disputa [había] sido más cortés y había tenido mejor control” que los ingleses, pero Calvino, no obstante, lo exhortaba a apaciguar a aquellos que tenían “sentimientos resentidos” o un “rencor latente”, y a “cultivar una santa amistad” con los ingleses en Frankfurt. Calvino luego invitó a Knox a reunirse con él y asumir deberes de predicación y pastorales entre los refugiados de habla inglesa en Ginebra. Mientras ministraba junto a Calvino en Ginebra, Knox aprendió más sobre el *solus Christus*, la verdad de que la salvación es

únicamente por medio de Cristo, y cómo pastorear y predicar con la humildad de Cristo. Además de sus deberes de predicador, es muy probable que Knox haya contribuido a la traducción y a las notas de estudio de la Biblia de Ginebra.

Durante todo su ministerio, Knox consideró a Calvino su padre espiritual y buscó el consejo del reformador ginebrino por medio de la correspondencia. Calvino fue tan influyente en la vida y fe de Knox que, cuando estaba muriendo, le pidió a su esposa que le leyera los sermones de Calvino sobre Efesios.

El tiempo que Knox pasó en Ginebra moldeó su vida. Escribió: “Es la escuela más perfecta de Cristo en la tierra desde los días de los apóstoles”. Aun así, Knox amaba Escocia y ansiaba regresar: “Siento un lamento y un gemido, deseando que Cristo Jesús sea predicado abiertamente en mi país natal, aunque sea con la pérdida de mi miserable vida”.

Que se predicara “abiertamente” significaba que, para Knox, se avecinaba un día de feroz conflicto con la corona escocesa. Mientras estaba en Ginebra, comenzó a formarse una idea de los roles de la iglesia y el Estado, y llegó a la convicción de que un monarca no era apto para gobernar sobre asuntos civiles si toleraba abiertamente la idolatría en la iglesia. Consultó a Calvino sobre si la iglesia escocesa podía rebelarse abiertamente contra “un magistrado que impone la idolatría y condena la verdadera religión”. Calvino aconsejó moderación. Pero en la causa de Cristo y el evangelio, la “moderación” no estaba en el vocabulario de Knox.

Así que no es sorprendente que en 1555 (el mismo año en que María la sanguinaria quemó a sus amigos Latimer y Ridley en Oxford), cuando John Erskine de Dun, David Forrest, Elizabeth Adamson y otros nobles escoceses le rogaron a Knox que regresara a Escocia, por peligroso que fuera, él regresó a casa y comenzó a

predicar abiertamente. Es difícil imaginar una cruzada de predicación más arriesgada o intrépida. Como era de esperar, María Guisa, la reina regente, consideró que la predicación abierta de Knox era una amenaza, pero él se mantuvo un paso por delante de los secuaces de María. Escribió: “Nuestro capitán, Cristo Jesús, y Satanás, Su adversario, están ahora en abierto desafío, sus estandartes están desplegados y la trompeta suena en ambos lados para reunir sus ejércitos”.

Durante esta cruzada de predicación, Knox aprovechó la oportunidad para casarse con su prometida, Marjory Bowes. Mientras tanto, cuanto más los clérigos católicos romanos y la reina regente condenaban su predicación, más apoyo recibía de Escocia, desde hombres de alto rango como el hermano ilegítimo de la reina, James Stewart, conde de Moray, hasta los más humildes agricultores. Cuando quemaron su imagen en Edimburgo, el matrimonio estaba completo: Escocia había encontrado a su campeón terrenal en Knox.

Instado a regresar a Ginebra, Knox continuó su ministerio junto a Calvino desde 1556 hasta 1559, tiempo durante el cual escribió su odiada obra: *Primera trompeta contra el monstruoso regimiento de mujeres* (1558), una dura denuncia de las tiranas femeninas. Estaba destinada a María la sanguinaria, pero fue la sucesora protestante de María, Isabel I, quien la leyó. Decir que no congració a Knox con la nueva monarca femenina de Inglaterra sería quedarse corto.

REGRESO A ESCOCIA

En 1559, Knox fue convocado por los Lores de la Congregación, la nobleza de Escocia con tendencia reformada. Tras despedirse de su amigo y mentor, Calvino, partió una vez más a su patria, donde la reina regente preparó sus defensas para su regreso.

Knox irrumpió en Escocia como un velocista de clase mundial cuando suena el disparo. Aunque estaba débil de salud y amenazado por el ejército de la reina regente apoyado por los franceses, Knox estaba decidido a predicar a Cristo. “No puedo, en buena conciencia, retrasar la predicación mañana, si es que no me detiene la violencia”, escribió. “En cuanto al temor al peligro para mi persona... mi vida está en manos de Aquel cuya gloria busco, y, por lo tanto, no temo sus amenazas. No deseo la mano ni el arma de ningún hombre para defenderme”. Después de los sermones de Knox, hombres y mujeres se convirtieron a la fe viva en Cristo por el poder del evangelio, y las estatuas de santos y de María fueron derribadas.

María Guisa, gravemente enferma, hizo lo posible por detenerlo, pero el efecto fue como el de un colibrí ante un avión jumbo. Sin dejarse intimidar ni siquiera por los esfuerzos por detenerlo con poder militar, Knox siguió predicando. El arzobispo de St. Andrews amenazó con que si Knox predicaba, sería fusilado en cuanto lo vieran. Knox predicó de todos modos, desde Perth hasta Fife y más allá. Como resultado, en el verano de 1559 se produjo un avivamiento extraordinario en toda Escocia.

En noviembre de 1559, la reina regente reunió a su ejército y atacó a las fuerzas protestantes que se encontraban en un culto en Leith. Algunos fueron asesinados, pero Knox siguió predicando. Catorce sacerdotes de St. Andrews renunciaron a continuar bajo el papado, se arrepintieron de sus pecados y profesaron fe solo en Cristo. Knox siguió predicando y miles más aceptaron una fe viva en Jesús.

En un mundo de exageraciones como el nuestro, los expertos en el crecimiento de la iglesia se preguntan cómo Knox logró tal éxito sin ostentación de alta tecnología ni presentaciones en PowerPoint. El propio Knox dio la respuesta: “Por la gracia de Dios, declaro a

Jesucristo, la fuerza de Su muerte y el poder de Su resurrección”. Tal vez nunca antes en un país hubo tantos convertidos a Cristo en tan poco tiempo. Calvino escribió sobre la rápida propagación del evangelio en Escocia bajo el liderazgo de Knox: “Así como estamos asombrados por un progreso tan increíble en tan breve espacio de tiempo, también damos gracias a Dios cuya bendición singular se muestra de manera evidente en esto”.

Después de que María Guisa exhalara su último aliento en julio de 1560, los Lores de la Congregación, los nobles del reino y los miembros del Parlamento escocés se unieron bajo la bandera de Knox y al evangelio de la Reforma. Le encargaron a Knox que formara un comité de teólogos para elaborar una confesión de fe, “la suma de esa doctrina que mantendrían y desearían que el Parlamento actual estableciera como sana, verdadera y la única necesaria para ser creída y aceptada dentro de ese reino”. En cuatro días, Knox y su comité de cinco completaron la *Confesión Escocesa*, tal vez la primera vez que se escuchó resonar fue en el Gran Salón del Castillo de Edimburgo ante el Parlamento. Declaró audazmente: “El renacimiento es obrado por el poder del Espíritu Santo, creando en los corazones de los elegidos de Dios una fe segura en la promesa de Dios revelada a nosotros en Su Palabra; por esta fe nos aferramos a Cristo Jesús con las gracias y bendiciones prometidas en Él”. El 17 de agosto de 1560, un Parlamento animado votó para aprobar la confesión protestante, acordando así que el catolicismo romano, “el viejo sistema, estaba podrido hasta la médula”.

Poco después, María, reina de Escocia, de dieciocho años, envidó cuando su marido, Francisco II, rey de Francia, murió repentinamente. María regresó entre lágrimas a Escocia para asumir sus deberes reales y devolver su país al Papa, y para conocer a Knox por primera vez. “Hermosa, obstinada, brillante, con el duro brillo

del diamante”, contaba con su encanto femenino para apaciguar a Knox, como había hecho con otros hombres, un error de cálculo monumental que sin duda la dejó perpleja ante las luchas que se avecinaban.

Hubo otra muerte en 1560 que tuvo un profundo efecto en Knox. Marjory, su esposa y madre de sus dos hijos, también murió. Calvino escribió que “la difunta esposa de Knox no tenía igual”, y se refirió a ella como su “muy dulce esposa”. El dolor de Knox, por real que fuera sin duda, permaneció privado. Se volvería a casar cuatro años después.

Mientras tanto, siguió adelante, colocando las piedras que serían el fundamento para la Iglesia escocesa. “No seré de otra iglesia que no sea la que tiene a Cristo Jesús como Pastor, que escucha Su voz y no escucha a un extraño”. En la *Confesión Escocesa* y los dos *Libros de Disciplina*, Knox sentó las bases para la teología, el culto, la alfabetización y la predicación en la Escocia de la Reforma. Los siguientes doce años fueron de construcción y, a veces, de luchas encarnizadas para llevar la teoría a la práctica. Como los profetas de la antigüedad, Knox fue odiado y temido por algunos, y honrado y respetado por otros. Pero Knox no se dejó conmover por ninguna de las dos reacciones.

ANTE LA REINA

En sus enfrentamientos con la reina, Knox nunca se movió ni un poco de la centralidad de Cristo y del evangelio. Cuando la espiral de locura del reinado de María desembocó en triángulos amorosos, complots asesinos, planes políticos y más desafíos al Parlamento de Escocia y a la confesión de fe reformada aprobada, Knox nunca se inmutó. Dijo: “Señora, así como la religión correcta no tomó fuerza

original ni autoridad de los príncipes mundanos, sino solo del Dios eterno, así tampoco los súbditos están obligados a encuadrar su religión de acuerdo con los apetitos de sus príncipes”.

Knox era un hombre de su época y podía ser extremadamente fuerte al denunciar a quienes se le oponían, a lo que la reina reaccionaba con un silencio estupefacto o con lágrimas, según lo que mejor se adaptara a su objetivo en ese momento. Pero un crítico imparcial de Knox afirmó que, a pesar de sus estruendos, “en ninguna ocasión lo encontramos influenciado por motivos egoístas o corrompidos. En este sentido, él se destaca por encima de todos los hombres”.

Mientras predicaba a Cristo en St. Giles, Edimburgo, y luchaba contra monarcas y nobles de voluntad débil, Knox distribuyó incansablemente “el pan de vida tal como lo había recibido de Cristo Jesús” hasta su último sermón, predicado el 9 de noviembre de 1572. Demasiado débil para caminar, fue llevado de ida y vuelta a su púlpito en St. Giles. El dolor no era nada nuevo para Knox; había vivido con él la mayor parte de su vida. Sin embargo, escribió: “El dolor de cabeza y de estómago me preocupa mucho; cada día veo que mi cuerpo se descompone. A menos que cese mi dolor, seré inútil”. En los días insoportables que siguieron, amigos y partidarios se reunieron junto a su lecho. “Se acerca el momento”, les dijo, “el que he ansiado durante mucho tiempo, en el que seré aliviado de todas las preocupaciones y estaré con Cristo, mi Salvador para siempre”.

MORIR EN EL SEÑOR

Tenía razón. El lunes 24 de noviembre de 1572, su esposa leyó Juan 17, “donde echó su primer ancla”, y 1 Corintios 15 sobre la resurrección, a lo que respondió: “¿No es ese un capítulo reconfortante?”. También escuchó la lectura de más sermones de Calvino que

otros hacían para él. Por fin suspiró profundamente y dijo: “Ahora ha llegado. Ven, Señor Jesús, dulce Jesús; en Tu mano encomiendo mi espíritu”. En el silencio que siguió, se le pidió que diera alguna señal de que estaba muriendo en las promesas del evangelio. Knox levantó una mano hacia el cielo, suspiró de nuevo y “sin ninguna lucha, como quien se queda dormido, partió de esta vida”.

Dos días después, el cuerpo de Knox fue enterrado en el lado sur de St. Giles (en el momento de escribir esto, su tumba se encuentra bajo el puesto de estacionamiento número veintitrés). Desde los plebeyos hasta la nobleza, una gran multitud llenó las calles de Edimburgo para presentar sus respetos. El conde de Morton, el regente, es citado en diversas ocasiones diciendo en su tumba: “Allí yace alguien que en su vida nunca temió el rostro del hombre”. Para ayudar a los cristianos tímidos a lo largo de los siglos, el ministro compañero de Knox, Thomas Smeaton, lo elogió señalando la actividad misericordiosa de Dios en exhibición: “No sé si Dios alguna vez puso un espíritu más piadoso y grande en un cuerpo tan pequeño y frágil”. Cualquier cristiano que alguna vez se haya sentido pequeño y frágil puede sentirse alentado por la obra misericordiosa de Dios en la vida y el ministerio de Knox.

Esperamos que hayas disfrutado de esta pequeña muestra del libro *La poderosa debilidad de John Knox*.

Para conseguir el libro completo y conocer más acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2026 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!